

CAPÍTULO VI.

Influencia del cristianismo sobre la lengua y la literatura romanas.—Carácter del nuevo Testamento.—Revolucion efectuada por los pueblos del Norte.—Cantos heroicos de los Godos.—Odino.—Escritura rúnica.—El Edá.

LA época en qué los diversos sistemas orientales penetraron en Europa y lucharon entre sí, abraza los tiempos que transcurrieron desde Adriano hasta Justiniano. La dominacion y la influencia preponderante del genio oriental se muestra tambien en los primeros tiempos del cristianismo : la mayor parte de las sectas fanáticas de los primeros siglos querian, en efecto, introducir diversas teorías orientales y principalmente persianas, como tambien una mitología que repugnaba enteramente al cristianismo puro ; y aun entre los cristianos, Orígenes, el primero y más grande de sus filósofos, creía en la transmigracion de las almas y en otras teorías orientales que no guardan la menor armonía con el cristianismo. En la filosofía neoplatónica, que se unia á la antigua religion y combatia al cristianismo, el gusto egipcio se hizo cada dia mas dominante ; y esta filosofía era una confusa mezcla de astrología, metafísica y mitología : el gusto por las ciencias ocultas mágicas, que no eran tan solo locas qui-

meras, sino aun á menudo crímenes, se hacia mas y mas general. Tal era la filosofía que el emperador Juliano queria hacer dominante, pretendiendo sustituyese al cristianismo : cuantos mas progresos hacia este, tanto mas vasto y general era el carácter de la lucha que tuvo que sostener contra la antigua religion. Las primeras persecuciones de los cristianos se esplican fácilmente por la antipatía natural que reinaba entre el antiguo y el nuevo sistema religioso : por el contrario, es preciso reconocer que en tiempo de Diocleciano el cristianismo fué atacado sistemáticamente, y que se habia formado el proyecto de estirparlo á toda costa : pero la causa del cristianismo era ya demasiado fuerte, como se vió de un modo indudable bajo el reinado de Constantino. El triunfo de la nueva creencia debe ser atribuido á esa fuerza interna que se habia mantenido aun en la época de Diocleciano, y no considerado como obra de un solo hombre : sin embargo la posteridad reconocida le ha hecho de ello un mérito, y aun ha cubierto sus faltas con un velo oficioso. El genio del antiguo Olimpo intentó todavía una vez luchar contra los nuevos tiempos, bajo el reinado del emperador Juliano, á quien no pueden negarse grandes talentos : procuró ejecutar sus designios con un arte infinito, y no por la fuerza abierta como Diocleciano ; lo que por otra parte no hubiera sido entonces muy posible : atacó al cristianismo con las armas del ridículo y por una infinidad de medios indirectos ; pero sobre todo procurando aislarlo de toda civilizacion elevada, á fin de perjudicarle y hacerlo despreciable. En cuanto á esa conducta hábilmente calculada, pero que sin embargo

no tuvo el menor éxito, los panegiristas del emperador Juliano en los tiempos modernos, pueden estenderse completamente segun su modo de ver; pero, si descubriesen bajo su verdadera forma, y segun el carácter particular del siglo, la especie de supersticion científica á qué Juliano propendia, dificilmente consentieran en reconocer plenamente en él, al objeto de sus elogios.

Despues de haber escapado victoriosamente el cristianismo de este último ataque contra su existencia, quedó todavía una fuerte oposicion contra él entre los filósofos, hasta que el emperador Justiniano desterró de sus Estados, á los que se manifestaban enemigos del cristianismo: estos se refugiaron en Persia, donde no tardaron en diseminarse; y de este modo concluyó la lucha entre el cristianismo y la religion pagana en aquella época, y bajo el reinado del emperador que acabamos de citar.

Hasta ahora he procurado bosquejar tres períodos de la literatura: los dos primeros comprenden los tiempos florecientes de la civilizacion griega, desde Solon hasta los Tolomeos: era fácil trazar luego el cuadro de los tiempos brillantes y verdaderamente clásicos de los Romanos, desde Ciceron hasta Trajano, porque bastaba casi caracterizar á escritores aislados en su orden histórico, para poner perfectamente en evidencia el espíritu y la marcha del conjunto, su origen, sus progresos, su desarrollo, luego su decadencia, y en fin su estincion y su completa ruina.

Pero todo lo contrario sucedia con el tercer período desde Adriano hasta Justiniano: no era ni la forma,

ni la esposicion, ni los escritores particulares lo que constituia aquí el punto esencial, sino la filosofia en general. La gran lucha del mundo antiguo y del cristianismo naciente, la influencia ejercida por la religion trasplantada del Asia á Europa, y la fermentacion ocasionada por la multitud de desvarios orientales que penetraron al mismo tiempo entre los Griegos y los Romanos; he aquí lo que se trataba de representar de un modo claro y evidente. Esta tarea era incomparablemente mas difícil: para describir esa lucha de los diversos sistemas filosóficos del Oriente, y desarrollar á los ojos del lector el cuadro de las tradiciones asiáticas, me he visto obligado á hablar ya de naciones cuya literatura ha perecido enteramente para nosotros, como de los Egipcios; ya de pueblos cuyas producciones literarias suben hasta los mas remotos tiempos, como de los antiguos Persas; de los Hebreos, cuyas santas Escrituras abrazan á la vez la literatura y el arte poético, pero que estamos ademas habituados á considerar bajo otro punto de vista, porque constituyen el documento primitivo de nuestra religion, y á las cuales las especulaciones puramente literarias y poéticas no convienen siempre; y en fin de los Indios, que poseen á la verdad una literatura riquísima, pero que solo conocemos todavía muy imperfectamente, y aun en parte por medio de documentos dudosos.

Entre el gran número de escritores importantes, tanto paganos como cristianos, que Roma y la Grecia produjeron en el intervalo de tiempo que transecurrió desde Adriano hasta Justiniano, el espíritu y el contenido de sus obras, como tambien el desarrollo de su filosofia,

es lo que mas debe fijar nuestra atencion. Si para dar á conocer este período se quisiese analizar y caracterizar á cada uno de ellos segun lo que le es particular, y apreciarlo segun su estilo y su forma de esposicion, no se lograria otra cosa que estraviarse, olvidando al mismo tiempo el punto de vista principal. En aquel siglo, los conocimientos literarios estaban á la verdad estremadamente difundidos; era fácil dar solucion á todo género de dificultades; jamas quizá el espíritu de investigacion y la tendencia á profundizar objetos de una naturaleza mas elevada fueron tan generales; jamas quizá obraron con tanta vivacidad y pasion como en aquel siglo tan glorioso por los esfuerzos que se hicieron para sostener la verdad, pero que fué en desquite tan fecundo en errores y en extravagancias. Bajo el aspecto del desarrollo, de la actividad general de los espíritus, de la propagacion y de la comunicacion de los conocimientos y de los errores, de las tradiciones y de toda clase de ciencias, puede considerarse este siglo como eminentemente culto y civilizado: pero no sucederá lo mismo si se examina el carácter y el genio original de los grandes autores que produjo, considerados individualmente; si se critica el arte y la forma en el estilo, en el lenguaje y en la esposicion. No se vió en aquella época que la poesía, que ocupa el primer lugar entre los diversos ramos de la literatura, produjese nada de nuevo ni de verdaderamente grande: hubo todavía, es verdad, oradores y aun entre ellos algunos eminentes, pues jamas pereció entre los Griegos el talento de la elocuencia; pero, ¿qué se descubre de

nuevo bajo el aspecto de la forma y del arte? El mas cumplido elogio que puede hacerse de los mejores oradores de aquel siglo, es decir que recuerdan los bellos tiempos de la antigüedad, y que merecen ser comparados á los antiguos, aun bajo el aspecto de la lengua, que por otra parte se conservaba todavía brillante y llena de vida. Los grandes oradores cristianos, los Baslios y los Crisóstomos, tuvieron ademas el mérito de aplicar la retórica, que en calidad de Griegos poseian á fondo, no á asuntos sofisticos, como habia sucedido á menudo en la antigüedad, sino al desarrollo de las mas saludables verdades y de la moral mas pura. Pero en los escritores mas importantes de aquel siglo, en los críticos y los filósofos, lo que debe llamar principalmente nuestra atencion es el contenido de sus obras, su modo de pensar y su espíritu particular: esta observacion se aplica con la misma exactitud á los autores cristianos, que únicamente se proponian probar las verdades, asunto de sus obras, y que no tenian la menor intencion de brillar como escritores, que á los autores paganos. ¿Cómo, en efecto se puede dar el título de escritores á Plotino, á Porfiro, y aun á Longino, si se les compara con Platon? Sin embargo la filosofía de estos autores es importante por la influencia que ha ejercido sobre las opiniones de su tiempo y de la posteridad. Puede decirse que en general los individuos fueron entonces arrastrados en el torbellino y en la lucha del siglo, á cuya fuerza era preciso que cediese todo. Hay en la literatura épocas en qué el genio de los individuos alcanza el mas completo desarrollo, aun bajo el aspecto

del estilo y del arte, y domina poderosamente al siglo que les ha visto nacer; y otras en qué las fuerzas individuales desaparecen en el espíritu del conjunto y en la lucha del desarrollo de la opinion general. Se ha observado ya mas de una vez en la historia política semejante intermitencia de períodos, durante los cuales los Estados y las naciones se forman y toman un asiento sólido; y otros en qué se desenvuelven progresivamente y en paz sus fuerzas orgánicas en un círculo ó sistema una vez establecido. Una historia de la literatura, lo mismo que una historia general del mundo, debe hacer justicia á estos dos períodos del espíritu humano: á aquel en qué la inteligencia se desarrolla en paz de un modo brillante y cumplido, y á aquel en qué el espíritu, atormentado y agitado por los elementos incoherentes que fermentan en él, aspira á producir.

Si se examinan las fuerzas intelectuales que combaten en aquella gran lucha, á fin de investigar su peso, los dos partidos aparecerán casi iguales bajo el aspecto de los talentos y de los conocimientos, aunque encierren algunas diferencias esenciales; de modo que el triunfo deberá en todo caso atribuirse al poder interior de la causa, y no al mérito ó á las faltas de los individuos. Entre los Griegos, el partido pagano tuvo primero la preponderancia; la literatura griega brillaba todavía con el último resplandor que debía despedir, cuando, bajo el reinado de Antonino, los cristianos se atrevían apenas á entrar en lid con obras que ellos habían escrito en defensa de su creencia perseguida, y de su género de vida que se calumniaba. Abrazando al cabo de poco tiempo el cristia-

nismo, los Griegos conservaron la superioridad de sus luces, y suministraron á su nueva religion los primeros pensadores que tuvo, sabios apologistas, historiadores, y oradores eminentes. Los talentos y las luces hicieron inclinar cada dia mas la balanza al partido de los cristianos: sin embargo, aun despues del triunfo completo del cristianismo en el Estado, el partido pagano pudo oponerle grandes talentos, á lo menos entre los Griegos; y esos últimos filósofos, que intentaron luchar contra el cristianismo y conservar el antiguo sistema, merecen, con respecto á la profundidad de su instruccion, á los conocimientos generales, al estilo y al talento que manifiestan en la esposicion, ser colocados entre los hombres mas distinguidos de su siglo.

Lo contrario sucedia en el Occidente, donde se hablaba la lengua latina; pues muy pocos eran los hombres dispuestos á sostener las doctrinas del paganismo y á luchar contra una literatura enteramente cristiana, y aun estos tenian poca influencia. Quizas esta literatura no puede ser puesta en paralelo con la literatura griega, bajo el aspecto de la gran variedad de los talentos y del saber. Los Romanos no tenian la menor disposicion, sea para la filosofía elevada, sea para la metafísica; y aun su idioma las repugnaba: descúbrese en S. Agustín lo mismo que en Ciceron, y tan solo cuando la lengua latina llegó á ser una lengua muerta, se pudo, violentándola de un modo raro, forzarla á espresar aunque siempre de un modo imperfecto, las sutilezas de los Griegos, á quienes la naturaleza habia creado esencialmente dialécticos y metafísicos. Aun la obra mas

grande y mas original que produjo la literatura latina de los tiempos mas cercanos á nosotros, y en la cual S. Agustin quiso oponer á la obra mas notable de la filosofia antigua, á la República de Platon, á lo ideal de la humanidad y de la sociedad humana que este filósofo trazó; consideraciones cristianas sobre las mismas materias, es decir sobre la humanidad, la direccion de sus destinos y lo ideal de su reunion; esta obra, digo, es menos un tratado de metafisica que un libro de moral en toda la estension de esta palabra, que una crítica de los sistemas antiguos, acompañada de lo que podriamos llamar una teoría de la humanidad y una filosofia de la historia. Este espíritu práctico y este sentido recto, particulares á los Romanos, se mantuvieron tambien en los tiempos cristianos y en su literatura, por oposicion á las sutilezas y al arte sofisticado de los Griegos; y fueron conservados igualmente mas tarde por la acertada organizacion dada al clero y á los sabios en el Imperio romano de Occidente; cuya organizacion, unida al espíritu de libertad y á la vivacidad natural de los pueblos germánicos que conquistaron el Imperio romano y alteraron su aspecto, es la que contribuyó de un modo mas poderoso á preparar á la Europa moderna para un desarrollo feliz y un vuelo atrevido del espíritu.

Por una parte el cristianismo, cual lo recibieron los Alemanes de los Romanos, y por otra el genio libre del Norte, tales son los dos elementos que han concurrido á formar la sociedad moderna. Tambien la literatura de la edad media conservó un doble carácter: hubo una

literatura latina cristiana, comun á toda la Europa, y que tenia por único fin la conservacion y la estension de los conocimientos; y una literatura poética, en la lengua nacional particular á cada pueblo: por esto los esfuerzos de los grandes hombres que primero favorecieron el desarrollo intelectual en Europa, como Teodorico, rey de los Godos, Carlo Magno y Alfredo, dirigieronse hácia dos objetos: querian, por una parte, conservar intacta y hacer generalmente útil la herencia de todos los conocimientos que se poseian en lengua latina; y por otra, formar la lengua nacional y por ella el genio de sus pueblos respectivos, conservar los monumentos poéticos, dar á la lengua una forma mas precisa, y procurarle una aplicacion mas variada haciéndola servir para tratar un gran número de asuntos, aun científicos. La parte poética, original y nacional de la literatura de la edad media está llena de atractivo para nosotros, y nos ofrece el mas rico manantial de efectos y de aplicaciones. Con todo, no podemos pasar en silencio la parte latina de esta misma literatura, porque es el lazo que une á la Europa moderna con la antigüedad.

Voy á procurar hacer aun mas evidentes la armonía íntima y la correlacion profunda de todas las grandes esferas de la civilizacion y de la literatura humanas abrazadas en esta obra. Los Griegos han sido y serán siempre nuestros modelos en todo lo que tiene relacion con el arte y con la ciencia; los Romanos, por el contrario, son como el punto de transicion entre la antigüedad y el mundo nuevo; pero fueron sin embargo para la edad media el manantial mas próximo de cono-

cimientos, hasta que mas tarde se volvió á encontrar el anterior y mas elevado tipo. Este sentimiento de la naturaleza particular de los pueblos del Norte, que por una parte ha quedado en la antigua tradicion, aun en el cristianismo, y que solo ha vuelto á aparecer bajo una forma nueva; y que, por otra, ha penetrado de dos maneras en las costumbres de los Alemanes, ha sido la raíz de donde ha salido el nuevo espíritu de los pueblos occidentales. Pero el cristianismo, por sí mismo, y por su composicion escrita, es decir el Evangelio, ha sido la luz divina que ha hecho de nuevo evidentes los otros elementos, y que les ha dado una forma única para el arte y para la ciencia. Debemos mencionar aquí con tanta mas razon el Nuevo Testamento, cuanto que su influencia literaria sobre la edad media y aun sobre la época moderna, ha sido inmensa no solo en la filosofía y en la moral, sino aun en el círculo del arte y de la poesía: de modo que tan solo por medio de esta luz descendida de lo alto y comunicada al mundo por el Evangelio, la inteligencia sutil y la sagacidad sofisticada de los Griegos, el buen sentido práctico de los Romanos y la profundidad profética de los Hebreos, han formado para la vida y para la ciencia un todo completo, y han derramado una verdadera luz. El Nuevo Testamento solo, como obra realmente aislada, completa la Biblia, que segun su composicion interior y la armonía íntima de los diferentes miembros que la componen, hemos intentado caracterizar mas arriba en su parte puramente hebraica, como un tipo y un todo divino. Este libro por excelencia se compone de setenta

y dos libros separados, cuarenta y cinco para la antigua alianza y veinte y siete para la nueva, que son como otros tantos miembros animados y órganos espirituales ó astros luminosos, en el conjunto de esta imagen de la Divinidad: es el Antiguo y el Nuevo Testamento, que se refiere en algunos de los libros que lo componen, al Verbo eterno de la vida; y en otros á la comunidad divina, á la Iglesia. El Evangelio representa, en una cuádrupla copia, el misterio del amor; de qué modo el Verbo eterno se hizo hombre y apareció sobre la tierra en el tiempo designado, y en medio del desarrollo histórico del mundo. El Evangelio reproduce aquí el número de cuatro que en el Antiguo Testamento es tambien el de los querubines colocados cerca del Arca para guardar el misterio de la promesa, como tambien el de los rios de vida que corren en el Paraíso, y provienen de un mismo origen; y que para toda revelacion de la magnificencia divina, es siempre la forma esencial. Por esto no puede uno menos de admirarse al ver á los que no comprenden este cuádruplo carácter del Evangelio, tan natural por otra parte, y que no es posible entender de otra manera; que ó bien se desazonan, ó bien pretenden esplicarlo á su modo, como un raro problema, y por medio de alguna hipótesis ingeniosa. Lo que, en Moisés y en los Salmos, está todavía desunido, es decir, la revelacion, la historia y la doctrina figuradas del Verbo, como tambien su viva inspiracion y su sentimiento animado, está reunido en el Evangelio, que nos describe la vida del Verbo hecho hombre. Los demas libros del Nuevo Testamento tienen inme-